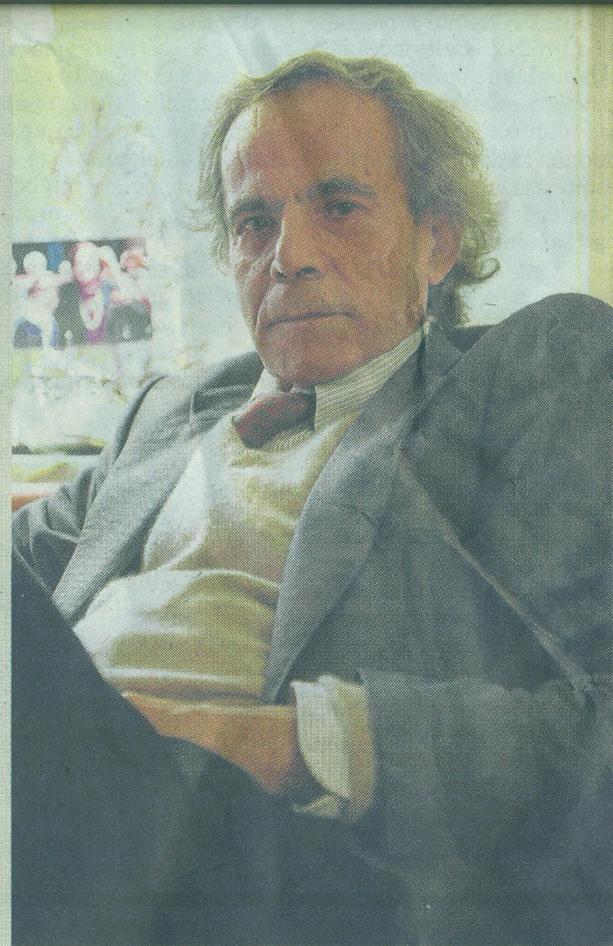


Iñaki Uriarte o vivir y dejar vivir

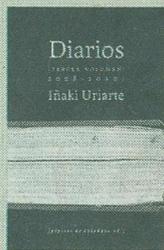
En la tercera entrega de sus 'Diarios', el indolente donostiarra nacido en Nueva York y residente en Bilbao se centra en lo que le pasó y pensó entre 2008 y 2010; y lo cuenta con una voz que suena a verdadera



El escritor Iñaki Uriarte. ■ P. MARTÍNEZ

NOVELA

IÑAKI
EZKERRA



DIARIOS (2008-10)

Autor: Iñaki Uriarte. Diarios. Ed.: Pepitas de Calabaza. 124 págs. Logroño, 2015. Precio: 14 euros

Iñaki Uriarte publicó en 2010 el primer volumen de sus 'Diarios', que correspondía, como señalaba la portada, a un periodo comprendido entre 1999 y 2003. Quien, al comprarlo, pensó que lo que le había sucedido a su autor en el paréntesis temporal de esos cuatro años en el que se centraban aquellas páginas debía de ser algo muy importante (tanto que merecía que se publicase una década después) se equivocaba de cabo a rabo. En aquel libro no pasaba nada relevante ni en un sentido colectivo ni en el personal. Ni nos contaba los secretos mejor guardados de cómo se planearon los atentados de las Torres Gemelas ni «todo lo que debíamos que saber» sobre la primera legislatura del aznarismo ni la experiencia de alguien que

ha salido victorioso de su lucha contra la mafia o la adicción al bingo. Nada menos ambicioso ni ejemplar que la propuesta literaria de este escritor. Iñaki Uriarte nos hablaba de su gato, de cómo se lo encontró en la puerta del Parador de Teruel y le puso de nombre Borges; de los placeres medianos y razonables de una vida tranquila; de su aversión al trabajo; de sus lecturas, sus preferencias intelectuales y sus ocurrencias siempre ingeniosas, francas y muy personales. El libro tuvo una excelente acogida hasta el punto de que recibió el Premio Euskadi y el Tigre Juan. Desde entonces, Uriarte ha ido ganando más y más lectores, muchos incondicionales. Al año siguiente, en 2011, nos

llegó una segunda entrega ('2004 -2007') y ahora nos llega la tercera, que abarca del 2008 al 2010. La propuesta sigue siendo la misma: fragmentos sueltos y cortos que ocupan rara vez una página entera y a veces no alcanzan a las cinco líneas en los que sigue informándole al lector de lo que piensa de la vida y de la gente; de un viaje por la campaña francesa o una breve estancia en Berlín; de un paseo con periódico incluido o de su tendencia a leer en internet a personajes que le disgustan; del alivio que siente cuando uno de esos personajes cierra su blog por vacaciones; de anécdotas y recuerdos familiares de los que jamás extrae una moraleja sino la sonrisa del lector; de autores vivos a los que, por una confesa incapacidad para el elogio, nunca les pone muy bien, y, por supuesto, de su gato, para el que reserva las mayores delicadezas dando la razón a la tesis de Paloma Díaz-Mas de que son esos felinos los que domestican a sus dueños y no a la inversa. Si el gato de Iñaki Uriarte escribiera, no le veo diciendo lo que, con valiosa sinceridad, dice de Vargas Llosa: que «su

obra no emite esa resonancia propia de los mejores».

En realidad, el peor parado en estos 'Diarios', como en los anteriores, es el propio autor y por voluntad propia. En un momento dice: «Soy un erudito en citas que me desaniman a publicar». Es cierto. Estamos ante un criticón desinteresado que no se propone como modelo de nada y que tira piedras contra su propio tejado; que no quiere convencer de nada a nadie ni vender ninguna moto. No estamos ante un sibarita ni ante un vividor sino más bien ante un epicúreo de la calle Elcano que no se excede ni en el epicureísmo siquiera y que agradece los regalos grandes o pequeños que le ha dado la existencia: esas lecturas de las que sabe siempre extraer un comentario lúcido y divertido, el gusto por la conversación y la amistad sin fines utilitarios, la indolencia que adora y se ha podido permitir o los platos que saborea y tolera su diabetes. No es un sibarita un tipo que sabe disfrutar de un sitio como Benidorm. Estamos ante el excepcional caso de alguien que denuncia que «la vida

ha sido injusta con él pero a su favor».

Probablemente, la clave del éxito de Iñaki Uriarte y de sus 'Diarios', de los que ahora se edita un tercer volumen que no desmerece en nada de los anteriores, reside en que su propuesta —ese canto a la modesta felicidad de la vida privada— nos llega en una época caracterizada por el más estrepitoso fracaso de lo público. Frente a los expresidentes de gobierno que publican unas memorias de automaquillaje en las que no reconocen los errores que les arrebataron el poder y en las que siguen haciendo estemporáneas campañas de sí mismos, o frente a los que to-

man las tribunas para erigirse en grandes moralistas, Uriarte vive y deja vivir habiéndonos de lo que le pasó y pensó un donostiarra que nació en Nueva York, que reside en Bilbao y que da la casualidad de que es él mismo. Nos habla con una voz que suena a verdadera y eso es mucho. Más que ser importante. La voz de un señor particular que, contra su naturaleza, nos abre la puerta de su casa y de sus costumbres. El reproche de que cuenta sólo minucias cotidianas no es una objeción sólida. ¿De qué otra cosa hablan los 'Ensayos' de Montaigne y todos los libros que adoramos sino de esa minucia que es la vida?